



SEPTIEMBRE - 2025 - Nº194

**Revista de espiritualidad,
información y promoción
Eucarística.**



Adoradores



Cómo adquirir virtudes

Hay dos maneras, ambas buenas; pueden emplearse tanto una como otra, según fuere el atractivo de la gracia. Pag 12 y 13



Frente al Sagrario, seamos Sus amigos.

Un rato de intimidad que nadie puede quitarnos. Pag 16 y 17



Santo eucarístico del mes:

Un gran secreto del Padre Pío era su amor por la Sagrada Eucaristía. Pag 20 y 21

ñStaff:

Director: pbro. lic. Mauro Carlorosi co. Redacción: lic. María Inés Gómez Serra / Diseño: lic. Agustín Barbaglia/ Adquiera esta publicación por la red de **Cristo Hoy** o administracion@cristohoy.org // Algunas de las obras reproducidas en esta edición pueden estar eventualmente inscriptas en el registro nacional de la propiedad intelectual. Por informaciones al respecto dirigirse a Castro Barros 110, CP 4000 - San Miguel de Tucumán o llamar al tel: (54) 0381-4331151.



La Exaltación de la Santa Cruz

La cruz es la gloria y exaltación de Cristo

Por la cruz, cuya fiesta celebramos,
fueron expulsadas las tinieblas y devuelta la luz.



Quien posee la cruz posee un tesoro.

Porque, sin la cruz, Cristo no hubiera sido crucificado. Sin la cruz, aquel que es la vida no hubiera sido clavado en el leño. Si no hubiese sido clavado, las fuentes de

la inmortalidad no hubiesen manado de su costado la sangre y el agua que purifican el mundo, no hubiese sido rasgado el documento en que constaba la deuda contraída por nuestros pecados, no hubiéramos sido declarados libres, no disfrutaríamos del árbol de la vida, el paraíso continuaría cerrado. Sin la cruz, no hubiera sido derrotada la muerte, ni despojado el lugar de los muertos.

Por esto, la cruz es cosa grande y preciosa. Grande, porque ella es el origen de innumerables bienes, tanto más numerosos, cuanto que los milagros y sufrimientos de Cristo juegan un papel decisivo en su obra de salvación. Preciosa, porque la cruz significa a la vez el sufrimiento y el trofeo del mismo Dios: el sufrimiento, porque

en ella sufrió una muerte voluntaria; el trofeo, porque en ella quedó herido de muerte el demonio y, con él, fue vencida la muerte. En la cruz fueron demolidas las puertas de la región de los muertos, y la cruz se convirtió en salvación universal para todo el mundo.

La cruz es llamada también gloria y exaltación de Cristo. Ella es el cáliz rebosante, de que nos habla el salmo, y la culminación de todos los tormentos que padeció Cristo por nosotros. El mismo Cristo nos enseña que la cruz es su gloria, cuando dice: Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él, y pronto lo glorificará. Y también: Padre, glorifícame con la gloria que yo tenía cerca de ti, antes que el mundo existiese. Y asimismo dice: “Padre, glorifica tu nombre”. Entonces vino una voz del cielo: “Lo he glorificado y volveré a glorificarlo” palabras que se referían a la gloria que había de conseguir en la cruz. También nos enseña Cristo que la cruz es su exaltación, cuando dice: Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí. Es claro, pues, que la cruz es la gloria y exaltación de Cristo.

De los sermones de san Andrés de Creta, obispo



Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible,



ADORADORES

pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augusto sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



ADORADORES

Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es.

Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S. Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado. Padre Celestial, te los agradezco por tu Santísimo Hijo Jesús. Espíritu Santo que me inspiras estos sentimientos, a ti sea dado todo honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias sobre todo por haberme redimido.

Por haberme hecho cristiano mediante el Bautismo, cuyas promesas renuevo.

Por haberme dado por madre a tu misma Madre.

Por haberme dado por protector a san José, tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel de mi guarda.

Por haberme conservado hasta ahora la vida para hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, persevere en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.



La conversión

“El santo es un soldado
de Jesucristo que sabe
de trabajos [...] y luchas ...”.

Continuemos
reflexionando con
san Pedro Julián Eymard.
Camino a tener una vida
virtuosa como homenaje a
la Eucaristía.



“Su gracia es como miel en las fauces del león; comienza
con la dulzura para acabar por la violencia”.

El convertido debe hacer oraciones propias de su condición, combatiendo directamente y luchando contra el mal en recia batalla.

Al sensual e impúdico

Al hombre sensual, al impúdico, muestren ante todo las consecuencias desastrosas de su estado para la eterna salvación; pónganle ante los ojos los castigos sobrenaturales, las postrimerías, la muerte, el juicio, el infierno que merece, el cielo que tiene voluntariamente cerrado, la ira de Dios y su justicia, que exige reparación; háganle sentir los tormentos de la conciencia, y que oiga el clamor del remordimiento; en todo lo cual ha de consistir su oración. Echen mano de estas consi-

deraciones sin intentar convertirle mostrándole sólo las malas consecuencias que de sus faltas se seguirían, así para lo natural como para lo sobrenatural. Falta es ésta que ahora cometen no pocos, sin embargo, de que ello equivale a querer corregir un vicio con otro vicio y a no tener fe en la eficacia sobrenatural de la gracia.

Enemigo de las pasiones

El fruto de estas meditaciones y su natural conclusión será obrar con mayor severidad y como enemigo declarado de las pasiones. Las pasiones tienen su asiento en los sentidos y en el cuerpo, que nada entiende de razones y consideraciones. Es necesario entonces, hacer uso de la fuerza bruta contra él. Al verse



tentado, san Pablo oró al Señor. Mas esto no bastó. Su carne continuaba rebelándose. Para sujetarla tuvo que azotarla y castigarla: “*Castigo corpus meum*” (Castigo mi cuerpo) (1Co 9, 27).

No dejar que se revele

Dice un proverbio que el que con suavidad trata a un esclavo no tardará en verle rebelado: “Sentirá que es rebelde” (Prov 29, 21).

En la lucha contra la carne se exige en el reino de Dios que haga uno uso de la violencia. Contra los sentidos no hay más remedio que echar mano de la fuerza. A palos hay que dominar al cuerpo, porque no hay otra razón que respete. Ciertamente que tampoco en esto deben propasarse las reglas de la prudencia; pero, quien debe señalar estas reglas es nuestro director, no nosotros mismos. Y a pesar de todas las prudencias, pasiones hay contra las cuales debe lucharse por mucho tiempo, sin tregua ni compasión. Aun cuando sea menester caer rendido de cansancio en el campo de batalla o dejar algo de la vida, no debe considerarse esto como un mal.

La vida es milicia

Se admira la mansedumbre de los hombres mortificados; pero si son mansos para los demás, no lo son para sí mismos. Sólo a fuerza de mortificaciones y de látigo han logrado esta semejanza con Jesucristo. El santo es un soldado de Jesucristo que sabe de trabajos, fatigas y luchas sangrientas, cuyas cicatrices lleva todavía.

No hay cristiano que no se vea en pelea, contra sí mismo primero y luego contra el mundo y que no lleve esto por dentro y por fuera: “*Militia est vita hominis super terram*” (La vida del hombre sobre la tierra es una milicia) (Job 7, 1). Así que, preciso es recurrir a la fuerza.

Suave hacia el combate

Nuestro Señor se muestra suave y tierno en los comienzos, pues sólo caricias tiene para quienes espiritualmente son niños. Pero a los que de veras quieren amarle, no tarda en guiarlos al combate. Su gracia es como miel en las fauces del león; comienza con la dulzura para acabar por la violencia; tras las caricias de la ternura, vienen los golpes de la mortificación. Es manso y violento a un mismo tiempo.

Ante todo: Odiar el mal

Si no pueden juntar como Él la dulzura con el odio al mal, quédense con esta última, que es más necesaria.

Muy errados andan los que vituperan a los convertidos por su austeridad, rudeza y severidad, diciendo: ¡Miren que es duro! Ocupados como están en luchar consigo, se les escapan a ratos golpes que van a caer contra el vecino. Es cosa que se les puede perdonar, dada la necesidad en que se encuentran de ser violentos consigo mismos. La tentación, propia de los tales es la impaciencia.

Así es cómo debe realizarse la reforma de las pasiones que tienen su asiento en los sentidos exteriores.



El afecto y la razón

El santo nos enseña a tratar con cariño en quienes domina el corazón y convencer en quienes domina la inteligencia.

Si lo que debe desarraigarse es un pecado del corazón, la táctica que debe seguirse es distinta. El corazón todo es afecto. Se entrega; posee y es poseído por amor, ni obra como no sea por simpatía. Lo que debe hacerse es quitarle el ídolo, mudar el afecto, enderezar por otros derroteros su simpatía.

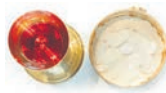
Cambiar al mundo por Dios

Puesto en oración, deberá considerar la nada de lo que adora, la vanidad de lo que ama y lo vergonzoso de su estado. Frente a los creados ídolos,

pónganle la hermosura del bien increado. Pero tengan buen cuidado de no quitarle lo que haya visto sin, al mismo tiempo, darle otro objeto que amar, más hermoso, digno y dulce que el primero. No es posible que el corazón se quede vacío; no le quiten el mundo sin antes reemplazarlo con Dios. En su esencia y naturaleza está el cobrar cariño y aficionarse a algo, por lo que, si le dejan vacío y solo, al punto volverá al objeto primero. Denle, sí, denle a Dios, amor de los amores, denle a Jesucristo, salvador suyo infinitamente bueno y amable.



“Para comenzar, conviene poner siempre un poco de bálsamo en el corazón. Tengan piedad del corazón y nunca les inspiren repugnancia”.



Con corazón al corazón

Las personas en que el corazón domine deben ser dirigidas e instruidas por el corazón. Óbrese de suerte que suavemente sientan su desgracia y vislumbren la dicha que en aficionarse a Dios y amarle consiste. No las sacudan demasiado no sea que se quiebren. Sean cariñosos; pero no de arte, sin embargo, que sean dominados por ellos. Con tanto más tiento deben conducirlos en esto, cuanto que fácilmente ellos podrán cobrar cariño por ustedes, lo cual en modo alguno deben permitir, aunque sin desecharlas y alejarlas demasiado bruscamente. Para comenzar, conviene poner siempre un poco de bálsamo en el corazón. Tengan piedad del corazón y nunca les inspiren repugnancia.

Un remplazo de amores

El procedimiento que debe seguirse para la reforma del corazón consiste, por consiguiente, en hacerles discurrir sobre sus penas y desdichado estado, de modo que lo palpen lo más perfectamente posible, en mostrar un bien mayor, una felicidad más cabal y pura, al fin, en reemplazar el amor de las criaturas por el amor al Creador.

No dejar que se pierda

Si el alma ve su mal estado, y ésta lo confiesa, y con todo vacila alegando pretextos, por falta de valor para romper los lazos que la sujetan, sáquenla, arránquenla resueltamente de su estado, hasta haciendo uso modos fuertes

si fuera necesario, porque está en trance de perderse. Hay que ponerla fuera de peligro sin tardanza alguna. No hacen falta licencias para esto, pues sobra razón para ello el solo hecho de considerar el peligro urgente en que se encuentra.

Al tratar la inteligencia

Otro es el procedimiento cuando de la inteligencia se trata. Así como el corazón se rinde por sentimientos, así el espíritu necesita razones que lo convencen y sólo a la evidencia se rinde. Razonen con él; para convertirlo hace falta mucho tiempo, y aun es difícil y raro lograr por completo lo que se desea. Lo cual es más cierto todavía cuando tercia el orgullo.

Convencer de las faltas

Sea su meditación fundada en razón y luz. Alúmbrenle intensamente, de suerte que quede vivamente impresionado; convénzale el espíritu de sus yerros. Muéstrenle la injusticia del pecado, el agravio que a Dios inflige, su fealdad y deformidad, del mismo modo que cuando Teodosio se excusaba de su crimen, aduciendo como ejemplo el de David que fue también rey pecador, le contestó san Ambrosio: “Pues le has imitado en el crimen, imítale también en la penitencia”. Vean ahí la razón, la evidencia que convence y contra la cual nada se puede objetar. Obren de igual modo para convertir el espíritu y reformarlo; convénzale de sus faltas y la luz le obligará a someterse.



Adquirir virtudes

San Pedro Julián nos enseña el mejor camino para cultivar buenos hábitos partiendo siempre con y por caridad.

“Aplicase este principio de amor, [...] lo que importa es [...] partir de él siempre y en todo seguirlo, formándolo como faro [...] que nos guíe”.

En lo que atañe a los que ya son de Dios por la fe y la caridad, por una caridad más o menos acendrada, es suficiente en todo caso para ponerlos en el camino de la salvación, la reforma de las costumbres, lo cual sigue otros senderos. Aquí más está la cosa en adquirir virtudes cristianas que en destruir el pecado. ¿Cómo deberemos proceder para esto?

Dos caminos de virtud

Hay dos maneras, ambas buenas; pueden emplearse tanto una como otra, según fuere el atractivo de la gracia.

Primer camino

Siguiendo la primera, el alma quiere enérgicamente llegar a la virtud, y para lograrlo comienza por ver el bien moral, su honestidad y sobrenatural hermosura, cuán bien cuadra al cristiano, cómo sin celo por las virtudes cristianas corre peligro la salvación,

cómo la práctica cabal del cristianismo produce bienes sin cuento aun en esta vida, y señaladamente frutos de vida eterna. Visto lo cual, se enciende el deseo de poseerlas, y trabaja uno y otro día y a cada hora, subiendo así de grado en grado. Los mismos progresos le alientan, para trabajar con mayor fidelidad. ¿No es éste buen método para llegar a la santidad?

Así que deben de tomar a pecho el practicar las virtudes del estado que les concierne. Lo primero, las cosas concernientes a su profesión.

La virtud dominante

Por otra parte, todas las virtudes son hermanas, y si hay una sola que es bien practicada, de manera que domina, esta atrae a las demás, tornando fácil la práctica de todas.

La virtud más necesaria

Tomen la virtud más necesaria para



su estado particular y necesidades: hay que comenzar por lo más urgente. Pero practiquen siempre fielmente las virtudes que para ustedes son ley y constituyen su deber esencial. Luego se preocuparán de las virtudes que son de mero consejo.

Un camino mejor

De manera que trabajar por el bien que en la virtud resplandece, por el premio que practicándola merecemos y por los frutos que produce, es buen principio, es buen método para la reforma de la vida y el trabajo de la voluntad. Pero hay otro mejor, que es trabajar por amor, no queriendo más que una cosa: amar, y todo lo demás en esta sola cosa.

Sólo amar a Dios

En cuyo caso ya no se trata de adquisición de virtudes, ni de frutos de santidad que merezcan recogerse, sino de amar, de querer a Dios sobre todas las cosas y en todas ellas, y de querer todo lo demás por amor a Él. De lo que se trata es de penetrarse bien de esta verdad, de convencerse de este principio, a saber, que se le debe amar y santificarse por amor a Él. Amar, tal es el principio, el punto de partida y el término. Se toman y emplean medios, pero sólo para aplicar este principio y lograr este fin de amor.

Síntesis de virtudes

En el método anterior se procede por análisis en la adquisición de las

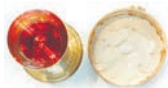
virtudes, mientras que en éste por síntesis. Aplicase este principio de amor, según vayan presentándose las necesidades, y progresa el alma; pero lo que importa es asentarlos bien al comienzo, partir de él siempre y en todo seguirlo, formándolo como faro o como mojón que nos guíe.

El amor pide las virtudes

Por otra parte, es un principio que responde admirablemente a nuestra naturaleza y a la gracia de Dios. Somos hijos del hombre y lo que la madre pretende ante todo es encender en su hijo la llama del amor. Luego le pide los sacrificios de la obediencia, de la sumisión, del estudio, en suma, todos los sacrificios que supone la educación. Exígelos fundándose en el amor, que por tantas maneras le tiene mostrado y como prueba de gratitud y de filial cariño. Un hijo bien nacido comprende este lenguaje y por amor filial hace hasta cosas heroicas.

La perfección en el amor

Al aplicarlo y ponerlo en práctica, el amor toma tantas formas como virtudes haya, ya que ha de informarlas todas. Porque, como enseña santo Tomás, la perfección consiste esencialmente en el amor; y para san Agustín, todas las virtudes se reducen a amar. Eso mismo dijo san Pablo mucho antes. Y a la verdad, como dice el mismo Angélico Doctor, ser perfecto no es otra cosa que “amar lo bastante para alejar cuantos obstáculos, se opongan a nuestra unión con Dios, fin de toda perfección”.



¿Me ama Dios?

**Invitación a considerar cuan grande es el amor
que el Señor tiene por cada uno de nosotros.**

Es cosa que rara vez se pregunta uno, pero que debiera preguntarse con frecuencia, porque si es bueno ver si amamos a Dios, no menos útil resulta convencernos de que Dios nos ama.

Con amor eterno

Sí, Dios nos ama. Nos ama con un amor eterno, que no tiene comienzo, ni fin, ni sucesión, ni alteración de ningún género, pues en su amor somos eternos. Siglos eternos antes que existiéramos, nos concibió Dios en sus pensamientos y en sus decretos, y estos pensamientos y decretos no eran otra cosa que amor puro.

Un amor impagable

¡Ah! ¡Nunca le amaremos según tiene merecido! Por mucho que dilatemos nuestro amor, y lo ensanchemos y lo llevemos más allá de todo límite y barrera, siempre quedaremos cortos en punto a gratitud, nunca acabaremos de pagar las deudas de amor. ¡Ay, que ni en los cortos instantes de esta vida, que para libremente mostrarnos agradecidos nos deja, le amamos de veras, mientras que Él nos ha amado y nos ama desde toda la eternidad! Aquí tenemos el manantial de esas lágrimas que inconsolablemente derraman los santos en la tierra.

El tormento de los santos

Siendo así que apenas basta el tiempo presente para corresponder a su amor actual, ¿cómo vamos a poder corresponder al inmenso peso de un amor acumulado durante siglos? Esta imposibilidad de amar cuanto fuera justo, de reparar debidamente las faltas de omisión en materia de amor, constituye el tormento de los santos. No hay consuelo para ellos, aunque el mundo, claro está, no llega a entender nada de sus lágrimas. Nosotros apenas lloramos nuestros pecados cuando es menester para alcanzar perdón, en tanto que los santos lloran por no haberse valido de todo su tiempo para amar; y si han llegado a ofender a Dios, las lágrimas son inagotables. Mirad a san Pedro perdonado, confirmado en gracia y hecho cabeza de la Iglesia; llora incesantemente; los primeros rayos de la mañana le encuentran de rodillas y con el rostro bañado en lágrimas, las cuales por fin abrieron un surco en sus macilentas mejillas con la llaga incurable de la contrición. ¡Oh, qué miseria más grande la nuestra! ¡Cuando mucho, no pasamos de algunos actos de contrición para reparar el amor perdido, el amor ofendido! ¡Ay, el amor enciende y mantiene el fuego de los condenados, y no



ADORADORES



“Nosotros apenas lloramos nuestros pecados [...] para alcanzar perdón, [...] los santos lloran por no haberse valido de todo su tiempo para amar”.

hay dolor que así consuma como el de no haber amado!

Un amor que crea y sostiene

El amor eterno de Dios se nos ha manifestado con beneficios hechos en el tiempo. Si existimos, es merced a una benévola creación del amor de Dios, y sólo porque nos lleva en sus brazos vamos conservándonos en la existencia.

Amar a Dios es ser bueno

Y, naturalmente, sólo para amar a Dios se nos da esta vida, y por lo mismo en amar a Dios consiste la perfección del hombre. El hombre sólo es

bueno cuando ama a Dios, pues sólo entonces cumple el fin que con amorosa liberalidad le ha fijado el Creador. Si al crearle no dijo Dios como de los demás seres que era bueno, por más que fuese obra de sus manos, ello es debido a que el hombre no llega a su término natural perfecto sino cuando ama a Dios, y así lo demuestra con sus obras.

Un Dios que quiere amor

Tan grande es la condescendencia de Dios cuando quiere ser amado de nosotros, dándonos para ello facultades y gracias, como cuando Él mismo nos ama y nos colma con diversas pruebas de su amor.



Amigos de Él

Un tiempo de intimidad que nadie puede quitarnos.

¿Quieres, amigo mío, que echemos un rato de conversación aquí en mi Sagrario? De Corazón a corazón.

¡Nos hace tanta falta a los dos ese rato!

A ti, para fortalecerte, orientarte y hacerte más bueno; a Mí, para endulzar mis horas de abandono, para gozarme en hacerte bien y por ti a muchos hijos tuyos y míos y a los dos para desahogarnos y consolarnos mutuamente. Porque la verdad es que quien dice Corazón de Jesús o corazón de sacerdote, dice penas de ingratitudes muy negras, de espinas muy punzantes, de hieles muy amargas.

Yo desde mi Sagrario y tú desde tus ministerios podemos todavía repetir la queja y la pregunta de mi profeta: “Oh ustedes todos los que pasan por el camino, contemplan y vean si hay dolor semejante a mi dolor”.

Las penas de los dos amigos

En verdad que no hay en la tierra dolor como nuestro dolor.

Y ¡qué!, ¿hemos de ser hermanos en el padecer y no en el desahogarnos? ¿Nos han de unir las desolaciones y no los consuelos?

Y mi Corazón, ¡los tiene guardados tan ricos y suaves para sus sacerdotes y adoradores!

Sí, sí, mi amigo, nos hace mucha fal-

ta a los dos el rato de conversación a que te invitaba.

Hablemos

Tenemos que hablarnos los dos, ¡los dos!, ¿te enteras? Tú me hablas y yo seré todo oídos para escucharte, y cuando Yo te hable, calla tú y manda callar todo lo que levante ruido en tu corazón. Y hemos de hablarnos en mi Sagrario, ¡no faltaba más! ¡Sí para eso he hecho Yo el Sagrario! ¡Si para que en





todo el orbe pudieran mis hijos hablar y estar conmigo he hecho tu sacerdocio! ¡Como que tu sacerdocio se ha creado para perpetuar mis Sagrarios en la tierra!

Una queja

Pero, déjame que preceda a nuestra conversación una queja que tengo de muchos de mis sacerdotes y también de mis adoradores.

¡Los veo muy poco por mis Sagrarios! Los veo en las bibliotecas y en las aulas aprendiéndome, en los púlpitos y en la propaganda enseñándome, los veo en diversidad de lugares haciendo mis veces, los veo también, ¡qué penal!, en lugares en los que ni tienen que

aprenderme, ni hacer nada por Mí... y, sin embargo, por mis Sagrarios ¡los veo tan poco!, y a ¡tan pocos! ¿Verdad que tengo motivos para quejarme?

Delante del Sagrario

¡Si supieras, amigo mío, lo que se aprende leyendo libros, estudiando cuestiones, examinando dificultades a la luz de la lámpara de mi Sagrario! ¡Si supieras la diferencia que hay entre sabios de biblioteca y sabios de Sagrario!

¡Si supieras todo lo que un rato de Sagrario da de luz a una inteligencia, de calor a un corazón, de aliento a un alma, de suavidad y fruto a una Obra!...

¡Si supieras tú y todos mis sacerdotes el valor que para estar de pie junto a todas las cruces infunde ese rato de rodillas ante mi Sagrario!...

¡Ah! Si se supieran..., ¿cómo se verían mis Sagrarios tan vacíos de sacerdotes y adoradores en cambio tan llenos los círculos de recreo, los paseos públicos, y alguna vez... hasta los cafés, cines y teatros?

Ahora reflexiona ¿Qué ha quedado de la formación eucarística? ¿Qué lugar ocupa en tu alma el Sagrario de tu parroquia, de tu iglesia, y qué lugar ocupas tú en ese Sagrario...? ¿El primero como debe ser?, ¿el de uno de tantos...?, ¿ninguno? Buenas preguntas para tiempos de retiro. (San Manuel González / Adaptación)

... y cuando Yo te hable, calla tú y manda callar todo lo que levante ruido en tu corazón.





¡Atención adoradores!

Del 10 al 12 de octubre, la ciudad santafesina de Funes, será sede del IV Encuentro Nacional de niños adoradores.

Con el lema “Un encuentro pleno con la Eucaristía”, la parroquia “Nuestra Señora del Carmen” de Funes, junto a los colegios Nazareth y María Auxiliadora, preparan el encuentro de tres días, que congregará a niños adoradores de distintos puntos del país. El P. Alberto Pezzeta, uno de los organizadores se refiere al mismo:

¿Cómo surgió la iniciativa con niños en su parroquia?

Hace tres años, dos catequistas inspiradas en el Señor, me presentaron la posibilidad de acercar a los niños a Jesús: niños de catequesis de 1 y 2 año de comunión y niños más chiquitos. Viendo la sensibilidad religiosa de los niños y que muchos de ellos son tocados por la gracia de una manera muy particular, enseguida dije que sí. Empezamos a buscar un lugar en el templo, de manera de colocar la custodia con la hostia consagrada más cerca de ellos, en una mesa chiquita; es así que nos sentamos en “canastita”, delante de Jesús Eucaristía, y las catequistas fueron difundiendo el encontrarse con Jesús, incrementando la participación de los mismos.

El P. Alberto bendice a un niño luego de la adoración en su parroquia Nuestra Señora del Carmen de Funes.

¿Qué hacen los niños?

Llevamos a los chicos a Jesús, a través de momentitos de silencio, a través de cantos apropiados para ellos, a través de momentos de adoración, donde ellos se acercan y van a pedir gracias; es un encuentrito personal con Jesús. Le hablan a Jesús. Algunos le cuentan sus cosas desde el silencio





de su corazón, no los escuchamos, pero a veces, por ejemplo, te dicen qué le dijeron. También hicimos esta experiencia con niñitos de jardín, que fue para Corpus Christi, y comprobamos cómo los chicos fueron entendiendo que allí estaba presente Jesús.

¿Por qué un Encuentro Nacional?

Organizamos los encuentros nacionales, porque nos posibilita encontrarnos con otros niños que están en lo mismo. Y así vemos que no estamos solos en este camino y que hay muchísimos niños adoradores en muchos lugares del país; y a la vez potenciábamos que en otros lugares también se muevan para que los niños se encuentren con Jesús Eucaristía. También, después de estos encuentros, notamos que hay una gran movida de adultos por la adoración, lo que se aprovecha para impulsar la adoración eucarística permanente.

¿Qué esperan del mismo?

Como organizadores, esperamos potenciar la adoración eucarística en nuestra parroquia, en nuestra diócesis, y en nuestro país, por eso el Encuentro está abierto a todos.

¿Aún estamos a tiempo de inscribirnos?

Sí, los que deseen participar deben anotarse, Estamos tratando de hacer



las cosas lo más fácil posible, pero evidentemente, tenemos un número limitado, porque no contamos con instalaciones demasiados grandes. Es así que el cupo es de 500 participantes. Al encuentro pueden enviar un delegado para ver cómo se realiza la adoración con niños, quien luego lo podrá transmitir a su comunidad parroquial.

Y bueno, ¡Bendito Dios!, creo que el gran desafío en éstos tiempos, es encontrarse con Jesús Eucaristía y ponerlo en primer lugar en nuestras vidas. Y que el Señor obre esas maravillas de los comienzos de la predicación apostólica, un nuevo Pentecostés en cada parroquia.



Santo eucarístico del mes: 23 de septiembre San Pío de Pietrelcina

La Eucaristía, su vida

La devoción de Padre Pío hacia la Eucaristía fue central de su vida espiritual.

El Santo Padre Pío consideraba la Misa como el momento más sagrado del día y creía firmemente en la presencia real de Jesús en la Eucaristía.

El Padre Pío también enfatizó el poder de la oración en su vida y en la vida de los demás. Animaba a sus seguidores a confiar en Dios y a buscar su voluntad a través de la oración constante. Muchos atribuyen los numerosos milagros y sanaciones a las oraciones fervorosas de Padre Pío.

El Padre Pío revela su profundo amor por la Eucaristía, diciendo: “¡Qué feliz

me hace Jesús! ¡Qué dulce es su espíritu! Pero estoy confundido y no puedo hacer más que llorar y repetir: ¡Jesús, mi alimento!”. La Eucaristía era la vida del Padre Pío. Al describir cómo se sentía después de la Sagrada Comunión, el Padre Pío escribe: “Casi olvido que estoy en el mundo; mi mente y mi corazón no desean nada más, y a veces, durante mucho tiempo, incluso me falta la voluntad para desear cualquier otra cosa”. ¡Esa es una gracia especial de unión!

La espiritualidad del Padre Pío continúa inspirando a millones de personas en la actualidad. Sus enseñanzas sobre la importancia de la oración, la humildad y el amor a Dios y al prójimo siguen siendo relevantes y nos ofrecen una guía práctica para vivir una vida de fe auténtica.

Breve biografía



Nació en Pietrelcina, Italia, en 1887. Ingresó a los Franciscanos Capuchinos. Fue dotado de muchos dones místicos, y pasaba en el confesonario más de 15 horas por día. Murió en 1968, habiendo llevado los estigmas de Cristo durante 50 años. Fundó los “grupos de oración” y construyó un moderno hospital “Casa Alivio del Sufrimiento” frente a su convento en San Giovanni Rotondo (Italia).

Frases para meditar

-Mil años disfrutando de la gloria humana no valen más que una hora que pasamos en dulce comunión con Jesús en el Santísimo Sacramento.

-Arrodíllense y ríndanle el tributo de vuestra presencia y devoción a Jesús en el Santísimo Sacramento. -- Vuela en espíritu al sagrario, cuando no puedes ir en persona; y allí expresa tus ardientes deseos y habla y pide y abraza al Amado de las almas, mejor que si te concediese recibirlo sacramentalmente. (Agencias)



ADORADORES

Oración del Padre Pío para después de la santa comunión

Quédate, Señor, conmigo, porque es necesaria tu presencia para no olvidarte. Sabes cuán fácilmente te abandono.

Quédate, Señor, conmigo, pues soy débil y necesito tu fuerza para no caer muchas veces.

Quédate, Señor, conmigo, porque eres mi luz y sin ti estoy en tinieblas.

Quédate, Señor, conmigo, porque eres mi vida y sin ti pierdo el fervor.

Quédate, Señor, conmigo, para darme a conocer tu voluntad.

Quédate, Señor, conmigo, para que oiga tu voz y te siga.

Quédate, Señor, conmigo, pues deseo amarte mucho y estar siempre en tu compañía.

Quédate, Señor, conmigo, si quieres que te sea fiel.

Quédate, Señor, conmigo, porque por más pobre que sea mi alma, desea ser para ti un lugar de consuelo y un nido de amor.

Quédate, Jesús, conmigo, pues es tarde y el día se acaba... La vida pasa; la muerte, el juicio, la eternidad se acercan y es necesario recuperar mis fuerzas para no demorarme en el camino, y para ello te necesito. Ya es tarde y la muerte se acerca. Temo la oscuridad, las tentaciones, la aridez, la cruz, los sufrimientos – y te necesito mucho, Jesús mío, en esta noche de exilio.

Quédate, Jesús, conmigo, porque en esta noche de la vida, de peligros, necesito de ti. Haz que, como tus discípulos, te reconozca en la fracción del pan; que la comunión eucarística sea la luz que disipe las tinieblas, la fuerza que me sustenta y la única alegría de mi corazón.

Quédate, Señor, conmigo, porque en la hora de la muerte quiero estar unido a ti; si no por la comunión, al menos por la gracia y por el amor.

